

Puente del ferrocarril M. Z. A.

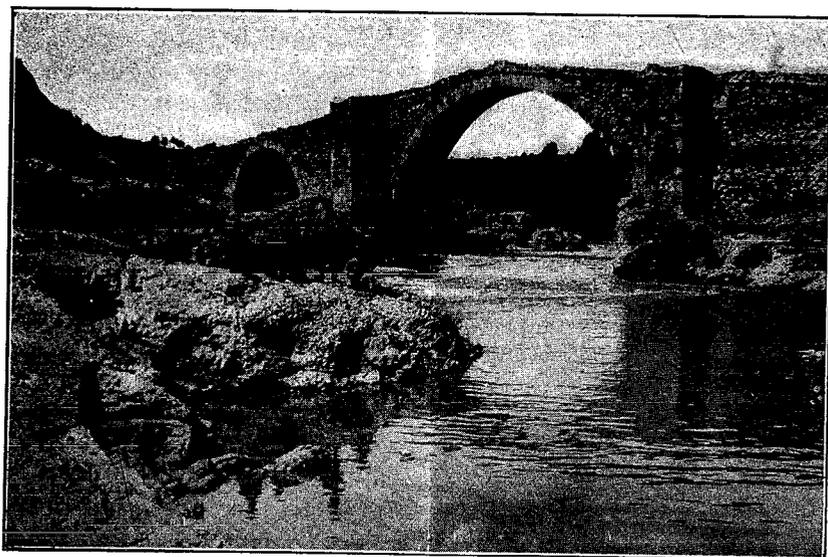
de sus linfas claras se deshace en filigranas de encajes, para huir de la prisión engañadora que los hombres le construyen.

El Júcar es energía y libertad, trabajo y resistencia. Mañanero, recibe su ósculo del sol en las nevadas cumbres de Traga-

cete y en la hora véspera agoniza al calor de los brazos del Mediterráneo.

Y así mientras el sol sea sol y la tierra su apretado ataúd.

Julión VELASCO DE TOLEDO.



Puente romano del Castellar

Foto de Rojo y Monjas

MIENTRAS TRABAJAN LAS RUECAS

LAS RUINAS DE MI TIERRA



AS ruinas todas de mi tierra tienen su leyenda.

Un castillo derruido, un viejo palacio, una ermita ruïnosa, un cementerio olvidado, los restos de un «invernal», solitarios humilladeros a orillas de caminos y «camberras», lugares de oración y de recogimiento antaño, albergues de mendigos hoy, son lugares en que el ingenio tosco de los campesinos y hasta la fantasía lugareña han dejado invenciones espantables donde casi siempre el amor y la muerte juegan el principal papel.

De estos vestigios del pasado nacen multitud de tradiciones que se van legando de padres a hijos, como una herencia, en las noches de «jila», mientras trabajan las ruecas, chisporrotean los leños secos, «triscan» las castañas de la «caldera de asar» y ruge el ventarrón en las callejas.

Cuentos de aparecidos, narraciones espeluznantes de hechiceras y aquelarres, historias de amores románticos, tragedias inspiradas en la avaricia, leyendas de almas en pena, de guerreros esforzados, de doncellas encantadas, de monjes pecadores, criminales arrepentidos, de pastores enamorados, de ricachos soberbios y miserables, de tesoros escondidos, de las cosas más fantásticas, ingenuas y horripilantes que pueden caber en la imaginación humana...

Si tenéis la ventura de visitar mi tierra, de pasear por sus mieses y montañas en compañía de un «trovero», ducho en las creencias e historias del valle, soltará el chorro de su palabra «autorizada» y «erudita», a cambio de algún dinero, y os contará «sucedíos» y «más sucedíos» jurando y perjurando por sus ánimas y las de sus antepasados que aquello es más cierto que la muerte.

Y para mayor convencimiento del curioso, como demostración de sus afirmaciones, le enseñará los sitios donde se deslizaron aquellas escenas espantables, mostrándole objetos o señales que desempeñaron tal o cual papel, con la misma seguridad, con la misma firmeza en la palabra y en el ademán que si hubiera sido espectador de aquellas tragedias, que dicho sea de paso, casi siempre se desarrollaron en noche oscura, de tormenta, con truenos y relámpagos, aullar de lobos y lastimeros

quejidos del «cáрабо» caído en la nieve.

Hasta el brillar de la luciérnaga, la negrura de la mora y de la endrina, la «mona» de los maizales, el croar de las ranas, la monótona cantinela del «cuco» y los acentos alegres del «colorín», tienen su leyenda lo mismo que el amor, el dolor, la avaricia, la miseria, el heroísmo, la piedad y el sacrificio...

¡A mí me contaron en cierta ocasión la leyenda del caracol! Y, un buen día, pretendieron hacerme ver en las manchas negruzcas de un castro de la sierra, manchas de sangre; en las hendiduras de un peñasco, a orillas del río, las formidables lanzadas en un morazo, y en el verdor de los escajales y en sus flores amarillas y en el perfume del romero, no sé cuantas virtudes y medicinas para los males del amor y de la «malenconía».

Una anciana «curandera» con estampa de bruja, ataviada con un manto negro, andar lento, manos largas y rostro escuálido, de pergamino viejo, que en tiempo fué rezadora en los velatorios, consejera de los noviazgos, «corredera de mozucos» y catadora de todas las colmenas de la murmuración, nos aseguró que las campanillas blancas brotaron en lo más crudo de invierno, sobre la nieve.

Un tosco pastor de cabras, remolón y picaro, hurtador de recentales, nos afirmó con la mayor seguridad del mundo, que las lechuzas y los murciélagos eran consecuentes enamorados, y que, de vez en cuando, de aquellos amores nacía un bichejo ruïn, mitad blanco y mitad negro, de ojos azules y corazón verde. La persona que tuviera la desgracia de toparse en el monte, al amanecer, con el hijo de la lechuza y del «sapo volandero» moriría irremisiblemente aquel mismo día.

¿Y qué diré de los mitos?

Libreos Dios de toparos con el «ojaneano», ese hombrachón membrudo, altísimo, sanguinario, y del «cuegle» tragón y devorador, y del «ujano» y de los «mengues».

Cada ruina de mi tierra tiene su leyenda; esas leyendas ingenuas, todas tristes y sangrientas que se cuentan en las noches de «jila» al amor de la lumbre, mientras se pintan y se tuestan las abarcas, y funcionan las ruecas...

Manuel LLANO.

Guarda su revista para ser luego encuadernada por años. De ese modo, tendrá usted el libro más predilecto de sus estantes, la historia gráfica de su provincia.